

## Cloti

José Medina

Hoy, 22 de febrero de 2000, cumplo 20 años y llevo dos buscándome, tal vez solo buscando la sensación que me persiguió siempre, la sensación de estar, de faltar un eslabón para completar mi vida. Desde pequeñita había tenido la impresión de estar sola y a la vez que alguien me seguía, me cuidaba, me mimaba inconscientemente. No había ninguna razón para esta inquietud, he sido una niña buena, cariñosa, nunca he dado ningún problema a mis padres, he tenido una vida simple en un hogar feliz y normal, como hay miles y miles. Pero faltaba algo, había algo que no encajaba, aún hoy hay algo que no encaja. Soy la mayor de tres hermanos, Pablo y Lola siempre me han querido y yo a ellos y con mi madre, cariñosa, trabajadora, infatigable y mi padre, el mejor de los posibles, nunca tuve un problema con ellos. Pero siempre tenía una inquietud, siempre pensaba que todo era normal y siempre tenía un momento, un lugar en el que mi extraña sensación estaba conmigo. El punto culminante de mi incertidumbre ocurrió hace poco más de dos años, al final y durante 1997, mi aislamiento había llegado a molestar a mi familia, Pablo un año menor que yo, trataba de confiarse conmigo, su alma sensible se debatía por llegar a mí, mi madre desesperaba de inquietud, mi padre se encerraba en un silencio, los dos sabían que pasaba o, al menos, lo sospechaban, pero, mientras que mi padre parecía saber la solución, mi madre se aferraba a una realidad desesperada. "Qué te pasa Cloti", "en qué piensas Cloti", "cuéntaselo a tu madre Cloti". Y se lo conté, aunque no sabía qué era, el qué decir, qué pensar. Hasta aquel 22 de febrero de 1998 no conocí verdaderamente a mi madre. Ana Cifuentes era directora de un conocido diario y aquel día fue el primero en quince años que no acudió a su trabajo. Sentada en su mecedora verde, su cara cansada pero viva, sus gafas finas y doradas, que enmarcaban en su oval unos ojos profundos, se me aparecieron por primera vez como los de una madre. Sus huesudas manos envolvían y manoseaban una bola invisible de aire, como queriendo hacer aparecer a un personaje. De aquellas manos nació para mí Pedro. Ese fue el día que cumplí 18 años y mi madre, siguiendo el consejo de mi padre, me abrió un viejo arcón de casi mi edad, donde estaban encerrados los libros, escritos y recuerdos de Pedro. Pedro había conocido a mi madre un día, se casaron a los seis meses, un mes después me concibieron y un mes más tarde murió. No obstante, había sido algo fundamental y Pedro había quedado en mí, era mi guardián, mi espía, mi mente, me había acompañado siempre. Aquel arcón, ahora abierto, supuso para mí entrar en mi mundo, en el mundo de Pedro. He pasado dos años leyendo y mirando, lo más interesante era saber que las páginas que yo leía las había leído antes Pedro, sus fotos habían sido hechas por él, que él estaba detrás de la cámara, que las viejas cámaras de fotos habían sido tocadas por él, que me guiaba, me enseñaba, me miraba sentado conmigo mientras yo las contemplaba. Releía sus libros, escuchaba sus poemas. Sus escritos sonaban en mí como un eco, sus poemas, libros, fotografías y, sobre todo, una pequeña cajita de paja donde guardaba las pequeñas cosas absurdas que tenían un recuerdo, algo que a otros podía pasar desapercibido, pero que para Pedro tenían un valor irremplazable. Le pregunté muchas cosas a mi madre, pero su recuerdo había quedado casi borrado por el tiempo y fue en él directamente, donde fui reconstruyendo los estadios de mi vida.

La primera vez que vi a Pascual Albión fue cuando lo conocí el 4 de enero de 2005 y no se puede decir que nuestro encuentro fuera afortunado. Un editor, aunque sea modesto, no puede ser amable, o al menos creen que la amabilidad no debe ser buena para su

negocio. Albi3n oje3 las hojas que le llev3 un tanto desinteresado y desde3oso. Me dijo que lo escrito veinticinco a3os atr3s no le interesaba ni a 3l ni a nadie, sobre todo si era de autor desconocido. "No se puede descubrir a un escritor veinticinco a3os despu3s". Era cierto, hab3a llegado un poco tarde, incluso para m3, lo que aquellos escritos quer3an decir solo ten3a significado para una sola persona, yo misma. La verdad era que no sab3a por qu3 hab3a ido a verle y, mucho menos, por qu3 le hab3a contado por tel3fono la procedencia de los escritos, pod3a haberme presentado como autora, pero esto me pareci3 un robo aunque nadie pudiera probarlo. Dej3 a Pascual Albi3n sin luchar, ten3a argumentos, mis argumentos, pero, por ser m3os, no convencer3an a nadie, al menos eso cre3a yo, o realmente no era yo. Tal vez Pedro no quer3a luchar por sus escritos o, tal vez yo sab3a que 3l no pod3a luchar. La segunda vez que vi a Pascual Albi3n fue en una cafeter3a de la calle Entenza donde yo sol3a ir. Las circunstancias fueron inversas a nuestro primer encuentro, pues Albi3n pare3a haber cambiado de idea o, tal vez sus lectores, ahora los escritores desconocidos y muertos hac3a mucho tiempo pod3an tener inter3s. A pesar de todo, yo no le di los manuscritos ni promet3 envi3rseles. Despu3s sent3 aquella actitud, pues algunos textos podr3an haberse publicado y Pedro podr3a sentirse contento. La verdad es que Albi3n insisti3 todo lo que yo no hab3a insistido la primera vez que nos vimos, yo no ced3, a pesar de sus continuas llamadas, aunque no ten3a ning3n argumento, sab3a que no lo pod3a hacer. Al cabo de un tiempo se cans3 y no volvi3 a pensar ni a saber nada m3s de Pascual Albi3n.

Roberto Centeno era un periodista amigo m3o de la 3poca de la universidad, le cont3 mi caso y la extra3a forma en que hab3a rechazado las ofertas de Albi3n. Roberto ley3 los escritos de Pedro, sus poemas y me dijo que aquellos no eran muy buenos, pero estos pod3an tener algo m3s de calidad e inter3s, no obstante, pensaba que el tema del amor en poes3a estaba ya en desuso y que hoy se cantaba a la naturaleza perdida y al erotismo, que a3n quedaba alg3n loco que cre3a en el amor, pero nadie le hac3a caso. No me extra33 su opini3n, me daba la sensaci3n de que yo ya la conoc3a, que era in3til ense3ar lo que ten3a, estaban por y para una sola persona, para el resto carec3a de inter3s. Pedro, 3l mismo sab3a que no hab3a nada que hacer y que sus poemas iban dirigidos a m3, y que, realmente, 3l tampoco ten3a la menor intenci3n de que llegaran a otros. Roberto Centeno no hab3a hecho m3s que confirmar esa certeza y, por tanto, todo estaba ya dicho y acabado. Meses despu3s volvi3 a ver a Roberto Centeno, no me ocult3 su inter3s en volver a leer los poemas, dado que hab3a conocido a un personaje del ministerio que pod3a hacer que se publicaran en una revista bajo mi nombre. No me gust3 la idea, aunque interiormente me dec3a que s3, que era l3cito, pues al fin y al cabo los poemas eran parte de m3. Definitivamente, me negu3 a la idea y Roberto no se fue contento, insistiendo hasta irritarme. Me dej3 muy mal, pues no me gusta que nadie se encuentre mal por mi culpa, pero nada importa, era una de las muchas personas que conoces y un d3a dado desaparecen de tu vida.

En la 3rbita rec3ndita, en el fondo de un ser perdido en el tiempo, no se sabe de qu3 forma se va a comportar su devenir, puede estar muerto o puedes encontr3rtelo en una esquina. Yo me encontr3 a Pedro, sentado en una mecedora verde en el porche de una vieja casa olvidada en el campo, en el verano de 2040. Un viejo de noventa y seis a3os se ve pr3cticamente igual de decr3pito que una anciana de sesenta, por eso nos comunicamos inmediatamente. Me mir3 largo y fijamente y solo dijo "Cloti, mi Cloti querida", yo no sab3a que decir, tan siquiera que pensar. Tom3bamos una taza de t3, "tu madre siempre tomo t3, todas las ma3anas, yo se lo hac3a". Tom3 muchas ma3anas el t3 con Pedro, mientras que mi coche se iba pudriendo al lado de la casa y nuestras vidas se

hacían una. Un día de verano, el 28 de agosto de 2044, quemé el cuerpo sin vida de Pedro y luego esparcí sus cenizas por la tierra seca, como él siempre deseó, un siglo después de su nacimiento y sesenta y seis después de su primera muerte. Me quedé sola en el porche sentada en la mecedora verde, al cabo de muchas veces de releer nuestros libros y nuestros escritos, me quedé dormida, no sé cuanto tiempo estuve así, pero se que nadie vino a por nosotros y hoy el viento y la tierra se han comido casi todos los libros, las fotos, los recuerdos y los escritos, hasta mi propio cuerpo, pero nadie vivo o muerto conoce nuestro secreto. Clotilde y Pedro son los únicos que han vivido para siempre.